

PATRONATO DEL ALCÁZAR DE SEGOVIA

DE LA ENSEÑANZA MILITAR
ILUSTRADA AL EJÉRCITO XXI

POR

ALFONSO PARDO DE SANTAYANA Y COLOMA

PRESENTACIÓN

DE

LUIS DÍAZ-RIPOLL ISESN

SEGOVIA
MMVII

DE LA ENSEÑANZA MILITAR ILUSTRADA
AL EJÉRCITO XXI

PATRONATO DEL ALCÁZAR DE SEGOVIA

DE LA ENSEÑANZA MILITAR
ILUSTRADA AL EJÉRCITO XXI

POR

ALFONSO PARDO DE SANTAYANA Y COLOMA

PRESENTACIÓN

DE

LUIS DÍAZ-RIPOLL ISERN

SEGOVIA
MMVII

*Textos correspondientes a la celebración
del XXIII día del Alcázar en la Sala de
Reyes, 16 de junio de 2006.*

ISBN: 84-920458-6-8
Depósito legal: M-24432-2007

Gráficas AGUIRRE CAMPANO, S. L. - Daganzo, 15 - 28002 MADRID

PRESENTACIÓN
DE
LUIS DÍAZ-RIPOLL ISERN

Conferencia del XXIII Día del Alcázar

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,
Patronos, expatronos,
Señoras y señores:

Constituye para mí un gran honor presentar a la persona que en el día de hoy va a ocupar la tribuna de oradores en la celebración de este XXIII Día del Alcázar.

Como todos Vds. saben, es ya una tradición en este Patronato el mantener una alternancia entre conferenciantes civiles y militares. Corresponde este año el turno a un militar cuyo prestigio es ampliamente conocido en foros nacionales e internacionales. Tan solo con nombrar al Excmo. Sr. General de Ejército Don Alfonso Pardo de Santayana y Coloma se podría dar por presentado el conferenciante, pero me van a permitir que les ilustre brevemente sobre su currículo.

Nació Alfonso Pardo de Santayana y Coloma en Valladolid en el año 1936, en el seno de una familia de gran tradición militar y más concretamente artillera. Realizó sus estudios en diversas ciudades, Lisboa y Vitoria entre otras, debido a los avatares de la vida profesional de su padre, que al igual que sus otros tres hermanos mayores serían luego, alcanzó el grado de General del Ejército. No es frecuente encontrar a un padre General y que de sus cuatro

hijos, tres hayan llegado a ser Tenientes Generales y el cuarto haya llegado a ser General de Ejército.

Siguiendo el ejemplo familiar, escoge para su profesión la carrera militar e ingresa en la Academia General Militar en el año 1952. Tras la superación del Plan de Estudios vigente es promovido, formando parte de la 244 Promoción del Arma y con el número uno de su Promoción, a Teniente de Artillería en el año 1956.

Una vez iniciada su carrera profesional ocupa diferentes destinos en unidades del Arma, en Helicópteros y en el Estado Mayor, destacando en todos ellos por su brillantez e inteligencia y por una gran preparación técnica y profesional recompensada con diferentes condecoraciones que más tarde resumiré. Ascendió a General de Brigada en 1989.

Quiero destacar de entre todos los destinos del Excmo. General D. Alfonso Pardo de Santayana el haber estado de Agregado Militar en Washington, el Mando de las Fuerzas Aeromóviles del Ejército de Tierra, ha sido General Jefe de la División de Planes del Estado Mayor del Ejército, 2º Jefe de Estado Mayor del Ejército, Teniente General Jefe de la Región Militar Levante y Teniente General Jefe de la Fuerza de Maniobra del Ejército y finalmente, como culminación de su brillante carrera, ha sido Jefe de Estado Mayor del Ejército con el empleo de General de Ejército, el puesto de mayor prestigio y responsabilidad dentro del Ejército de Tierra. Desde la atalaya de este cargo tiene una privilegiada visión general del Ejército y se convierte en una de las voces más autorizadas para poder hablar sobre la evolución de los ejércitos a lo largo de la Historia: desde que los primeros borbones decidieron acometer las profundas reformas en sus estructuras, hasta nuestros días.

Ha sabido conjugar el Mando de diversas Unidades con una permanente formación intelectual mediante la realización de

numerosos cursos dentro y fuera de nuestro país, estando en posesión de numerosos diplomas nacionales y extranjeros. Quiero resaltar entre otros los de Piloto de Helicóptero y de Ala Fija, el de Sistemas de Dirección de Tiro y Detección y Localización de Objetivos, Sistemas de Misiles SAM-HAWK, diplomado de Estado Mayor por España y los Estados Unidos de América (con la calificación de “cum laude”), Curso de Mando del SACEUR y de Operaciones Combinadas de Francia.

Es, asimismo, premio Daoíz. Premio que, para un artillero, representa la mas alta distinción del Arma. En el año 2003 la Junta Facultativa del Arma, bajo la presidencia del Inspector de la misma, le concedió dicho premio, por unanimidad, “al haber sido el primer artillero en llegar al empleo de General de Ejército, por el gran prestigio e impulso dado al Arma desde los diferentes cargos desempeñados a lo largo de su carrera. Paradigma de la sólida formación alcanzada en la Academia de Artillería y que, al igual que sus tres hermanos, ha sido conocido en todos los ámbitos por su condición de artillero”. Premio que recibió en esta misma sala el dos de mayo de 2003.

Sería prolijo enumerar todas las condecoraciones y distinciones que ha tenido a lo largo de su dilatada carrera. Está en posesión de las Grandes Cruces de Isabel la Católica, del Merito Militar, de San Hermenegildo, y la de Plata de la Guardia Civil; es Comendador de la Legión Francesa y de la “Legion of Merit” de los Estados Unidos; Gran Cordón de la Orden Alauita (Marruecos) y de la Orden de Mayo de Argentina, teniendo igualmente las Grandes Cruces del Mérito Militar de Portugal, Brasil, Turquía, Argentina, Uruguay, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala. Caballero de las Órdenes de Alcántara y Pontificia del Santo Sepulcro de Jerusalén y Maestrante de Valencia y Patricio de Narni. También es “Doctor Honoris Causa” por la Escuela Politécnica del Ejército.

Creo que no hace falta decir más para constatar la gran valía y justificar el acierto del Patronato al haberle elegido para la conferencia de este señalado día.

Mi General, muchas gracias por haber aceptado la invitación del Patronato del Alcázar. Quiero de antemano agradecerte la clase magistral que sin duda va a ser la conferencia *De la enseñanza militar ilustrada al ejército XXI*

Te reitero la bienvenida a este emblemático y querido recinto del Alcázar, casa solariega del todos los artilleros desde hace más de doscientos cuarenta años y desde entonces, patrimonio espiritual de todos los que con orgullo lucimos la bomba en nuestros uniformes.

Tuya es la tribuna y la palabra.

LUIS DÍAZ-RIPOLL ISERN

DE LA ENSEÑANZA MILITAR ILUSTRADA
AL EJÉRCITO XXI

POR

ALFONSO PARDO DE SANTAYANA Y COLOMA

Excmo. Sr. General Presidente del Patronato del Alcázar de Segovia,

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,
Queridos Patronos, Señoras y Señores:

Para los que sentimos profundamente la Artillería, es siempre una alegría volver a esta querida ciudad, de Segovia, volver una vez más a este bellissimo Alcázar al que los artilleros consideramos nuestra casa solariega y que tantos y tantos recuerdos nos trae, recuerdos profesionales, familiares y personales.

Sin querer pecar de pedantería, creo que pocas personas pueden presentar una vinculación familiar con la Artillería como la mía. Como ya expusiera en este mismo Salón de Reyes, cuando tuve el honor de recibir el premio Daoíz, soy biznieto, nieto, hijo de artilleros [para mi padre la Artillería lo era todo], hermano de tres Tenientes Generales del Arma, tío de cuatro jefes de Artillería y, lo que para mí es más importante, padre de tres capitanes de Artillería, incluyendo a uno de mis yernos.

Pero no quisiera seguir más adelante en mi alocución, sin antes expresar mi profundo agradecimiento al Patronato del Alcázar de Segovia, personificado en su Presidente el General D. Luis Díaz Ripoll, por haber pensado en mí para impartir

la conferencia correspondiente al Vigésimotercer Día del Alcázar.

Siendo yo Jefe del Estado Mayor del Ejército pregunté como eran percibidas mis frecuentes alocuciones a las Unidades: "Dicen que hablas como los capitanes" me dijeron. Esto, que alguno pudiera considerar como negativo, es uno de los mayores elogios que he podido recibir en esos años en que he ostentado puestos de la máxima responsabilidad en el Ejército, años en los que he hablado continuamente a mis subordinados: desde los Tenientes Generales en el Consejo Superior del Ejército hasta los cabos y soldados del último destacamento.

Porque siempre he considerado que el Mando debe transmitir a su gente fe y entusiasmo en el proyecto común del Ejército, hablándoles con realismo de los objetivos que se deben alcanzar, de los logros conseguidos y también de los problemas y de los fallos, hablando no sólo al cerebro sino también al corazón.

Tengo que reconocer que son también muchas las conferencias que en los últimos años he dado en el Centro Superior de Estudios de la Defensa, en diferentes Universidades y en otros foros, no sólo en España sino en el extranjero, en español y en otros idiomas, pero sin duda tantos años de responsabilidad de mando me han marcado y han hecho que mi verbo sea poco retórico y florido y sea por el contrario concreto y muy directo, buscando siempre que mis palabras tengan un mensaje positivo y constructivo.

Tampoco soy historiador, si bien la Historia es una de las disciplinas que siempre más me ha atraído. Especialmente la Historia de los últimos tres siglos, pues de su estudio se deduce la causa de muchos de los problemas que España y el

Ejército tienen hoy en día. Sin embargo, cuando el General Díaz Ripoll me pidió que aceptara el reto de dirigirme a Vds. no dudé en hacerlo, pues consideré que podía aportar la experiencia de un artillero en activo durante más de cincuenta y un años, especialmente por los puestos de responsabilidad que he ocupado en los últimos veinte años.

Pero además, porque considero que tengo una deuda de gratitud con nuestra Academia de Artillería, y por ello con este Alcázar y con Segovia.

Porque aquí recibí mi formación artillera y un estilo militar y de mando que han marcado mi vida profesional y una trayectoria que me ha conducido hasta la Jefatura del Ejército, permitiéndome acometer la ilusionante tarea de buscar la excelencia en el Ejército, con el mismo espíritu de superación que hace dos siglos y medio, el Conde de Gazzola acometiera la reforma de la Artillería con la aplicación de la enseñanza militar ilustrada a través del Real Colegio de Artillería de Segovia.

La repercusión que a través del tiempo ha tenido esta reforma y la creación del Real Colegio de Artillería, no sólo en el Arma, sino en el Ejército e incluso en España, será el motivo de mi conferencia.

Retrocedamos en el tiempo y veamos primero como era el Ejército y la Artillería antes de la creación del Real Colegio.

Son de sobra conocidos los éxitos y conquistas de las tropas del Gran Capitán en Italia en tiempos de los Reyes Católicos y también las victorias de los míticos Tercios Españoles en toda Europa, a lo largo del Siglo XVI y principios del XVII, desempeñando en ambos casos un importante papel nuestra Artillería; pero como es sabido, durante el reina-

do de Felipe III, se inició la decadencia del Imperio Español y con él también la decadencia del Ejército y de la Armada.

Así, a la muerte de Carlos II sin descendencia, el Ejército Español era una sombra de aquel glorioso ejército del siglo XVI, aquella época en la que nuestros victoriosos Tercios eran temidos en toda Europa.

La decadencia iniciada en el reinado de Felipe III, se acentuaría durante el reinado de Felipe IV, y se agravaría por los problemas de secesión interna, llegando a su cota más baja en tiempos de Carlos II.

Sin embargo, aún en esa época, destacan en Europa las figuras de artilleros españoles ilustres: Lechuga, Firrufino y Fernández-Medrano y sus respectivos tratados sobre *La Artillería*, *El Perfecto Artillero* y *El Artillero Práctico*.

¿Cuáles fueron pues las causas de este deterioro en los ejércitos? Especialmente fueron motivos económicos los que llevaron a tal estado. Ni las tropas percibían sus pagas, no había fondos para adquirir armamento ni equipos. Esto provocaba una gran indisciplina y hacía que los soldados recurriesen al pillaje y al saqueo para cubrir sus necesidades, siendo frecuentes las desertiones así como la corrupción de los mandos. Pero el mal no sólo tenía origen económico, sino que también había una gran falta de disciplina, debido especialmente a la ineptitud y a la incompetencia de los mandos superiores cuya tolerancia y complacencia llevó a una situación irreversible. Y así no surtieron ningún efecto las ordenanzas de Felipe IV de 1632 que buscaban remediar estos males, debido a la falta de autoridad de los mandos superiores para aplicarlas. Es cierto que a pesar de todo ello, todavía hubo hechos de armas gloriosos como fueron la Toma de Breda o las batallas de Fleurus y Norlingen, pero como es sabido al final nuestras tropas aca-

baron sucumbiendo en 1643 en la batalla de Rocroy, hito que define el inicio de nuestra decadencia.

Esta era la situación que encontró Felipe V, el primero de los borbones, al llegar a España en 1701. Ante la inminente amenaza de una guerra de sucesión contra las potencias enemigas de Francia, que se oponían al nuevo Rey, porque veían con recelo la llegada al trono español de un nieto de Luis XIV –lo que sin duda daba lugar a un aumento del poder e influencia del monarca francés– el Rey Felipe V se vio obligado a apoyarse en su abuelo y por tanto en Francia para defender su trono, así como a tener que organizar con celeridad un ejército partiendo casi de cero y, como en otros campos, Felipe V decidió formar un Ejército de Nueva Planta.

Para ello, lógicamente, siguió el modelo francés y sus primeras disposiciones fueron encaminadas a restablecer la disciplina entre las tropas. Así, primero fueron dictadas las durísimas Ordenanzas de Flandes de 1701, ordenanzas centradas en normas judiciales y penales. Posteriormente en las de 1702 se reorganizaba el Ejército y sus Mandos, creándose la unidad Brigada, que hoy en día es la gran unidad fundamental, y nuevos empleos como eran los de Brigadier y Mariscal de Campo, a la vez que se modernizaba el armamento sustituyendo las picas, arcabuces y mosquetes por los fusiles con bayoneta.

En 1704 desaparece la organización tradicional en Tercios y todos los Cuerpos toman como Unidad fundamental el Regimiento, regimientos que se organizaron siguiendo el modelo francés, con cuyo ejército habían de combatir mano a mano los españoles.

Para la Artillería fue especialmente importante la reorganización de las tropas de la Casa Real, en la que se suprimieron algunos Cuerpos y se crearon otros, organizándose en 1710 el

primer Regimiento de Artillería. Como ya hemos dicho, el Reino contaba con Artillería desde los tiempos de los Reyes Católicos. Estas reformas que son el comienzo del Ejército permanente y profesional, las llevó a cabo el Marqués de Canales D. Manuel Colonna.

En 1711 se creó también el Real Cuerpo de Ingenieros, separándose en dos Cuerpos facultativos, Artillería e Ingenieros, que hasta entonces había sido un solo Cuerpo. Hasta su muerte en 1746, Felipe V no dejó de promulgar Ordenanzas, Reglamentos, Reales Cédulas, etc., entre las que destacan las Ordenanzas de 1728, que reunían todo lo legislado hasta entonces y que luego servirían de base para las famosas Ordenanzas de Carlos III, promulgadas en 1768.

Posteriormente, en el reinado de Fernando VI, también se llevaron a cabo otras mejoras impulsadas especialmente por el Marqués de la Ensenada. La Artillería volvió a fusionarse con los Ingenieros bajo una Dirección General que asumió el Conde de Aranda, se establecieron entonces las Escuelas de Cádiz y Barcelona, dignos precedentes del Real Colegio de Artillería de Segovia.

Pero a pesar de todos estos esfuerzos de modernización y de dignificación del Ejército, llevados a cabo por los primeros borbones, la visión que sobre la calidad moral del soldado español de aquellos tiempos tenía un extranjero era penosa, según nos cuenta el historiador Domínguez Ortiz en su libro *La Sociedad Española del Siglo XVIII*. Lo definía como “envilecido, despreciado y reclutado con todos los ladrones, vagabundos y malhechores del país” concepto que según otros autores estaba también muy extendido entre los propios españoles de aquellos tiempos, a pesar de los logros que se habían ido consiguiendo desde los comienzos de la Ilustración. Efectivamente, a pesar del marcado cambio que se había producido en el Ejército, per-

manecía en la opinión pública una imagen negativa heredada del pasado de que el Ejército lo componían sólo vagos y maleantes, adornados con todos los vicios del soldado, cuando realmente sobre las bases de Felipe V, ya en el reinado de Fernando VI, se puede afirmar que España contaba con un buen ejército permanente y profesional, puntal básico del Estado Moderno que posibilitaba la política de “la paz armada”.

Esta idea negativa del Ejército es algo que siempre tuvieron marcado interés en convertir en tópico no sólo los enemigos exteriores de España, sino también, tanto entonces como en estos tiempos, los enemigos interiores de la monarquía reinante, y especialmente los enemigos de la unidad de España. Tristemente existe aún en buena parte de la sociedad española una visión negativa de nuestro Ejército que determinadas organizaciones se encargan de mantener.

Pues bien, en esta situación se encuentra el Ejército cuando llega a España, en octubre de 1759, el Rey Carlos III para hacerse cargo del trono por la muerte de su hermano Fernando VI. Cuando llega a España tiene ya cuarenta y tres años y una larga experiencia, tras reinar veinticuatro años en Nápoles con éxito bajo el nombre de Carlos VII.

España, que había sido gobernada durante más de medio siglo por reyes cuya neurastenia estaba muy próxima a la locura, fue por fin regida por un hombre de reacciones normales, que había heredado de su padre Felipe V la rectitud de conciencia, un hondo sentido religioso y el elevado concepto de la dignidad real; y de su madre, Isabel de Farnesio, el vigor físico y una poderosa vitalidad.

Pero el gran mérito de Carlos III fue sin duda su tenacidad, tenacidad propia de su firmeza de carácter, tenacidad con la que prosiguió su política reformista, que evidentemente era

muy necesaria. Por otra parte estaba apoyado en un optimismo a prueba de cualquier desengaño [como ocurrió con el motín de Esquilache] y se entregó de forma obsesiva al mejoramiento material y cultural de la sociedad española, al mejoramiento de ciudades, villas y aldeas, a implantar nuevas industrias, a repoblar media España que se había despoblado en el Siglo XVII y también a mejorar y hacer más racionales los cultivos de las tierras y las explotaciones ganaderas.

Fue copiosísima la legislación, no siempre obedecida, con que los ministros de Carlos III quisieron hacer realidad sus conceptos ilustrados en los campos culturales, económicos y sociales y hubo un fuerte impulso de] país en todos los órdenes.

Hemos de destacar que el monarca Carlos III puso especial empeño en potenciar el Ejército y la Armada con el fin de robustecer su trono y de recuperar el peso de España en el mundo.

Siguiendo los principios de la Ilustración y considerando que, para que el Ejército se modernizara y mejorase su calidad, era fundamental una formación lo más exquisita posible de los oficiales, se ocupó de que se seleccionaran adecuadamente a los cadetes y se establecieran una serie de nuevas Escuelas y Colegios Militares de mayor calidad que los que existían. Así, creó las Escuelas de Infantería de Ávila y del Puerto de Santamaría, y la de Caballería en Ocaña, escuela que por cierto mandó el General Ricardos; pero prestó especial atención a la creación del Real Colegio de Artillería. Es de destacar que, de todos estos centros, el único que ha sobrevivido al paso de los tiempos ha sido este último con la denominación actual de Academia de Artillería.

Famosas y conocidas por todos son las Ordenanzas de Carlos III que fueron promulgadas en 1768, con el fin de mejo-

rar los Ejércitos en su disciplina, en su funcionamiento y en su eficacia. Ordenanzas que son un verdadero modelo de normativa militar, lo que ha hecho que hayan estado vigentes hasta 1978, año en que se promulgaron las actuales Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, las cuales conservan el espíritu, y en gran parte la letra, de aquellas. Puedo decir que en mis visitas a los Ejércitos hispanoamericanos he podido comprobar que también sirvieron de base para las ordenanzas militares de muchos de ellos.

Pero dentro de la institución militar tuvo Carlos III especial interés en potenciar la Artillería, arma a la que había prestado particular atención durante su reinado napolitano.

La Artillería contaba ya por entonces con cuatro siglos de existencia en nuestro ejército, es decir, desde los tiempos de Francisco Ramírez de Madrid, Capitán de la Artillería de los Reyes Católicos. Durante este tiempo la Artillería se había consolidado como el Arma del fuego por excelencia, así como el Arma de la disuasión, como hoy lo puede ser la Fuerza Aérea. Todos recordamos sin duda la famosa frase del Cardenal Cisneros, cuando nombrado Regente para imponerse a los nobles levantiscos les reunió y les mostró los cañones reales diciéndoles “Estos son mis poderes”.

Y es que por entonces se consideraba a la Artillería como el Arma de los Reyes y así se reflejaba poéticamente en las barrocas divisas que ornaban, bajo el blasón real, los tubos de los cañones. Divisas tales como “Violate Fúlmina regis”, “Los rayos del Rey ofendido”, y la más contundente y conocida: “Ultima ratio Regis”, “La razón suprema de los Reyes”.

Creyó Carlos III que la reforma de “europeizar” a España, sólo podría hacerla con ministros y colaboradores no españoles ya que en los reinados de los anteriores borbones se había

visto la dificultad que los españoles habían puesto a la entrada de las ideas de la Ilustración. Por ello trajo consigo de Nápoles un conjunto brillante de juristas, eclesiásticos y también de militares italianos que ya le habían demostrado no sólo su eficacia, sino también su lealtad durante su reinado napolitano: Esquilache, Tiépolo, Sabatini, Gazzola son algunos de los destacados italianos que trajo consigo Carlos III.

Este interés de Carlos III por la Artillería queda bien patente en una nota que le mandó en marzo de 1761 a su consejero, el fiel Tanucci, que también había venido con el de Nápoles. En ella le decía que “la Artillería está con un grandísimo desorden en todas partes y que era preciso poner coto a este grandísimo desorden”.

Según se desprende de esta y otras misivas y documentos, la situación debía ser verdaderamente caótica. Aunque habían existido Escuelas de Artillería desde tiempos de Felipe II, los oficiales se formaban a la buena ventura, sin programa ni método, sólo a través de la práctica. Así los “cadetes de Regimiento” se formaban en las diferentes unidades de Artillería, bajo el control y dirección de un capitán llamado “Maestro de Cadetes” que se encargaba más que de enseñarles, de comprobar que iban aprendiendo con la práctica. Después de este período, podían acudir a las Escuelas para especializarse en la ciencia artillera.

Por otra parte, los Parques de Artillería sólo contaban con piezas anticuadas, muchas de las cuales hubieran reventado al primer disparo, y las fortalezas y castillos tenían sus troneras vacías o con cañones de escasa eficacia militar.

Para poner coto a este desorden era pues necesario crear fábricas de cañones y municiones y poner mayor rigor racional en la pintoresca variedad de piezas fundidas con mayor o

menor acierto por maestros “campaneros”, pero sobre todo había que crear oficiales competentes que uniesen al valor, que siempre se nos supone, la técnica que la eficacia exige.

Para llevar a cabo este último propósito decidió crear el Real Colegio de Artillería y, a propuesta de su consejero Tanucci, trajo para ello de Nápoles a uno de sus más fieles colaboradores. Era este Don Félix Gazzola, Conde de Gazzola y Sparavara, Señor de Cerero, Landi y Mancineso, militar de sólida formación científica, humanística y matemática que había sido Comandante General de la Artillería napolitana, a la vez que fiel consejero y asesor del monarca. Era pues Gazzola el prototipo de militar culto e ilustrado del dieciocho.

Ya en España, fue nombrado Teniente General de los Reales Ejércitos y el Rey le encomendó, cuando ya contaba 64 años, la Inspección General de Artillería para acometer su organización y modernización definitiva, tarea a la que dedicó el resto de su vida.

En este sentido, podemos decir que Gazzola puede ser considerado como el creador de forma permanente y ordenada del Real Cuerpo de Artillería, así como el fundador del Real Colegio de Artillería de Segovia.

Todo lo hizo con sumo cuidado, y así buscó el mejor emplazamiento para el Colegio de Artillería. Dudó entre el Alcázar de Toledo, el Castillo de la Mota y el Alcázar de Segovia, pero parece que la proximidad del Real Sitio de La Granja y el parecer del Rey pesaron decisivamente en la elección del alcázar segoviano, aunque Gazzola encontraba como defecto al Alcázar el que no tenía cocinas ni lugares comunes, lo que solucionó pidiendo a Su Majestad que mandase que estos se hicieran en un lugar conveniente y a la mayor brevedad, como así se hizo.

El 13 de agosto de 1763, Carlos III, desde La Granja, aprobaba la “Instrucción” para admitir alumnos en el nuevo Colegio de Artillería, constituyendo este documento el verdadero Acta Fundacional de nuestra Academia, la más antigua Academia de Artillería de Europa.

Aprobados los presupuestos por el Marqués de Esquilache, a la sazón Secretario de Hacienda, para hacer realidad el proyecto del Real Colegio, el siguiente problema fue el de cubrir los puestos del claustro de profesores, asunto en lo que Gazzola puso especial cuidado. Como hemos dicho el Director sería el propio Conde de Gazzola. El resto del profesorado fue en gran parte cubierto por extranjeros de acuerdo con la mentalidad real que ya hemos expuesto y que era compartida por Gazzola.

Como subdirector nombró al Conde de Tilly; segundo y tercer profesor fueron Laso y Guglielmi, respectivamente y tuvieron especial cuidado en la elección del primer profesor y profesor de Matemáticas. Para esta plaza no escogió a ningún extranjero ni a un militar español, sino que eligió al matemático más destacado del momento que era un jesuita valenciano, el Padre Eximeno, que sólo estaría de profesor tres años debido a la expulsión de España de los jesuitas en 1767, a quien sustituyó por el abate Gianini. Pero su nombre es bien conocido por todos los artilleros españoles por haber sido fundamental su paso para sentar el estilo del Real Colegio. Lenguas las enseñaba Gosellini, dibujo Chenard y esgrima D'Orange. Entre los oficiales de la Compañía de Cadetes —todos españoles—, destacaba el Teniente Vicente de los Ríos que había sido alumno de la Escuela de Artillería de Cádiz y que era a la vez artillero ilustrado, humanista y miembro de varias Reales Academias. Es de subrayar la sorprendente ausencia de españoles entre los profesores en los comienzos del Real Colegio, algo que pronto sería corregido con la incorpo-

ración de destacados artilleros españoles salidos del propio colegio como por ejemplo Tomás de Morla. Tuvo siempre el colegio ilustrísimos profesores como es el caso del célebre químico francés Louis Joseph Proust, que se incorporó en 1792 y que en su cátedra en Segovia, enunció su famosa Ley de las Proporciones Definidas y allí publicó los *"Anales del Real Laboratorio de Química de Segovia"*, laboratorio que estuvo instalado en la actual Casa de la Química junto al Alcázar.

El 16 de mayo de 1764 en un acto presidido por el propio Gazzola quedó inaugurado el Real Colegio de Artillería. Sea por la fama que tenía el Padre Eximeno o por ser uno de los pocos profesores españoles, la alocución de inauguración del Real Colegio corrió a cargo del ilustre matemático valenciano. El Padre Eximeno denominó a su alocución "Oración sobre la necesidad de la teoría para desempeñar en la práctica el servicio de Su Majestad". Fue una declaración de intenciones de un ambicioso plan de estudios con el que se buscaba una exquisita formación de los futuros artilleros. También fue un alegato sobre la gran importancia que tendría la Artillería en el futuro, combinando adecuadamente la teoría y la práctica para conseguir el progreso de un arma en constante evolución tecnológica. En su alocución hizo un compendio de las cualidades que debería tener el oficial que saliera del Alcázar, quien, según el, debería ser "un gran matemático, un gran histórico, un gran político, un gran filósofo, un héroe".

El cuidado que Gazzola prestó a la selección de los cadetes así como a la selección del profesorado y, sobre todo, a la preparación del plan de estudios, dio enseguida sus frutos, y muy pronto el Real Colegio de Artillería alcanzó un crédito científico y militar que hizo que fuera tomado como modelo no sólo en el Ejército sino en toda España, y que su prestigio fuera reconocido por toda la Europa ilustrada.

El espíritu ilustrado que el Conde de Gazzola imprimió al Real colegio del arma, marcó a la Artillería, cuerpo que aunque siempre fue consciente de que el conocimiento técnico y científico era su fuerza y prestigio, se puede decir que con Gazzola alcanzó su mayoría de edad.

Maria Dolores Herrero, bien conocida por el Patronato del Alcázar narra en su magnífico trabajo "La enseñanza militar ilustrada. El Real Colegio de Artillería de Segovia" todos los detalles de la creación y de los primeros años del Real Colegio.

Las expectativas de Gazzola, aunque eran muy ambiciosas fueron superadas por la realidad y muy pronto el Real Colegio de Artillería de Segovia adquirió un gran prestigio, no sólo en el campo militar, sino también como el Centro de Estudios Científicos, más avanzado de España de aquel momento aunque hay que reconocer que a ello contribuyó la expulsión de España de los jesuitas, que eran los únicos que contaban por entonces con centros de este carácter. Su fama se extendió por toda Europa, siendo un referente en el desarrollo de la Artillería de aquel tiempo.

A ello contribuyó poderosamente un alumno de la primera promoción, uno de los únicos 16 alumnos que del total de 60 ingresados consiguieron salir en el año 1767 como Subtenientes de Artillería. Era éste Tomás de Morla, que puede considerarse como el máximo exponente de la formación allí impartida y el modelo de artillero que la enseñanza ilustrada pretendía conseguir. Fue nombrado profesor del Colegio y pronto destacó por sus conocimientos científicos artilleros que acabó plasmando en su famoso *Tratado de Artillería*, tratado que sería magníficamente ilustrado y que constituiría uno de los mejores y más completos textos sobre la Artillería de finales del siglo XVIII; se llegó incluso a publicar una segunda edición ya en tiempos de Fernando VII. Sus libros, y especial-

mente este *Tratado*, fueron muy valorados también por artilleros de Francia, Alemania y otros países europeos.

Pero como antes decía, Tomás de Morla fue el prototipo del artillero que Gazzola quería conseguir, pues no sólo brilló en el plano de la enseñanza y en el conocimiento profundo y científico de la Artillería, sino que también destacó por sus dotes de mando, y así, en 1793 participó en la Campaña del Rosellón como Cuartel Maestre General del Ejército de Cataluña a las órdenes del General Ricardos. También Godoy le elegiría para que fuese su Jefe de Estado Mayor, ya como Teniente General, en la llamada Guerra de las Naranjas contra Portugal, y hubiese sido considerado el creador del Cuerpo de Estado Mayor sino fuese porque fue destituido, debido a los celos de la reina que veía reducidos a los guardias de Corps.

Hemos hablado de uno de los ejemplos más destacados, pero hubo otros muchos artilleros también meritorios que brillaron en el Ejército y en la sociedad española a lo largo de estos dos últimos siglos, como consecuencia de la excelente formación recibida en Segovia.

No es casualidad que fueran dos artilleros los capitanes D. Luis Daoíz y D. Pedro Velarde, antiguos cadetes de Segovia, los que se levantaron junto al pueblo de Madrid frente al invasor napoleónico, siendo un verdadero ejemplo de valor y de lealtad a España y a su Rey, y se convirtieran de este modo en héroes nacionales, en los héroes de la independencia frente al invasor extranjero. Los tan criticados sistemas de enseñanza de los últimos tiempos han conseguido, tristemente, que los que durante siglo y medio fueron considerados como héroes nacionales sean hoy en día desconocidos para gran parte de nuestros hijos y nietos.

Pero la participación en la Guerra de la Independencia de aquellos jóvenes forjados en el estudio y en los valores milita-

res en Segovia no se limitó a este hecho glorioso y famoso, sino que fueron numerosos los artilleros que brillaron por su valentía y eficacia. Así, Power dio su vida en Vizcaya, Panés fue un ejemplo de valor en Aranjuez, Escalera emuló el valor numantino en Uclés y los artilleros de Tarragona merecieron del General francés Suchet el elogio de “ser los mejores oficiales de Artillería de Europa”. Otros muchos brillaron en las batallas de Medellín, Talavera, Rioseco, Chiclana y Ocaña o en las defensas de Bilbao, Badajoz o Albuquienza.

Pero la nota común de todos ellos fue su entrega total en los momentos más desesperados y su resistencia aún en condiciones inhumanas.

Por ello el General García Loygorri en su informe al Rey Fernando VII diría que aquella oficialidad salida del Real Colegio de Segovia “sirvió a España con el libro en una mano y la espada al lado del cañón en la otra”.

El prestigio adquirido por el Real Colegio se extendió a todo el Real Cuerpo de Artillería y el escritor e historiador Jorge Vigón nos dice en su *Historia de la Artillería Española* que “las más linajudas familias del Reino enviaban a sus hijos a estudiar en él”.

Este prestigio se mantuvo a lo largo de los años, especialmente desde finales del siglo XVIII, todo el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX.

Claros exponentes de ello son figuras como la del primer laureado del arma y uno de los primeros del Ejército, el Teniente general García Loygorri que acabó de mencionar, que no sólo participó en veintisiete acciones de guerra, sino que realizó una adecuada reorganización del Arma al regreso de Fernando VII, tras la Guerra de la Independencia. Así definía

en 1814 el modelo de oficial salido de Segovia “Cuando una educación noble e ilustrada, despeja el entendimiento y fortalece el corazón, aunque no alcance a transformar en héroes a todos los jóvenes que la reciben, tiene una gran probabilidad de predisponer a muchos y de conseguir algunos”. Ésta es una frase que figura en una lápida en lugar destacado en el Patio de Órdenes de nuestra Academia.

Destacado también fue Don Joaquín de la Pezuela, Conde de Viluma, que combatió en el sitio de Gibraltar y en la guerra contra la convención francesa, siendo después, ya como Coronel, nombrado Subinspector de Artillería de Perú, y así creó la Fundación, Maestranza y Parque de Artillería de Lima. Esta misión técnica no le apartó de combatir para expulsar a los ingleses que habían invadido Buenos Aires, ni de vencer al rebelde Belgrano en Vilcapugio —por lo que se le concedió la Real Orden de San Fernando—. También recuperó las provincias del Alto Perú venciendo al Ejército insurgente de Buenos Aires en Ayouma, donde la intervención de la Artillería fue determinante. Por todos estos méritos fue nombrado Virrey del Perú en 1816, cargo en el que hizo una gran labor hasta 1821, en que fue nombrado Capitán General de Castilla la Nueva.

Curiosamente le sucedió como virrey del Perú otro artillero, el laureado Teniente General De la Serna que había luchado en Ceuta, contra la Convención Francesa y luego embarcado, contra los ingleses, en Brest. Después de destacar en la defensa de Zaragoza, fue llevado como prisionero a Nancy de donde se escapó huyendo por Francia, Suiza, Austria y Macedonia hasta regresar a Menorca para seguir allí luchando. En 1816 fue nombrado para dirigir el Ejército del Perú contra San Martín con el que inició conversaciones de paz al ser nombrado virrey. Sofocó la rebelión en Potosí de 1823 contra los insurrectos colombianos, chilenos y bonaerenses lo que le valió el título de conde de los Andes, pero sucumbiría en Ayacucho

en 1824 tras recibir cuatro heridas en el combate. En 1832 fue nombrado Capitán General de Granada.

Otro ejemplo es el del General Elorza que, después de luchar contra el absolutismo de Fernando VII, aprovechó el exilio para ampliar sus estudios en Ciencias Naturales, Metalurgia y Explotación de Minas en la Universidad de Lieja, y a su regreso después de dirigir una fábrica de hierro en Marbella y otra en el Pedroso, así como las minas de la Reunión, con el empleo de comandante fue encargado en 1843, como civil, de crear la fábrica de Trubia, aún persiste hoy en día como parte de Santa Bárbara Sistemas de General Dynamics. Introdujo innumerables adelantos técnicos en la Artillería de su época lo que hizo que fuese muy apreciado en toda Europa. Fue condecorado con la Legión de Honor francesa, las órdenes de Avis de Portugal, San Mauricio y San Lázaro de Italia, Rey Leopoldo de Bélgica y del Aguila Roja y de la Corona Estrellada de Prusia.

También merece ser resaltada la figura del General Francisco de Luxán y Miguel que siendo Ministro de Fomento creó, en 1850, el Real Instituto Industrial, antecedente de la Escuela de Ingenieros Industriales. Como es sabido los Tenientes de Artillería pasaron a recibir junto a las estrellas de dicho empleo, el título de ingenieros industriales.

Otro artillero que fue ministro, pero de la Guerra, fue López Domínguez que desde 1874 hasta 1906 fue varias veces ministro, diputado y senador del reino. Fue Capitán General del Ejército y tenía la Gran Cruz de San Fernando.

Pero el modelo de artillero ilustrado y heroico que Gazzola quería, tiene otro claro ejemplo, ya a caballo entre los siglos XIX y el XX, en el General Díaz Ordóñez, que diseñó diversos cañones que llevaban su nombre, cañones que yo he llegado a

conocer en algunas baterías de costa cuando era Teniente. El General Díaz Ordóñez como buen artillero, fue además un excelente mando de nuestro Ejército llegando a ser nombrado Comandante General de Melilla, muriendo en la defensa de la plaza en Ishafen cuando acudía a la posición de Izmarufen atacada por los rifeños. Toda su vida alternó los destinos en la fábrica de Trubia con la participación en las campañas de la Guerra Civil del XIX, de la Guerra Carlista o de la de Cuba donde mandó una columna y dirigió el artillado del Castillo del Moro, en cuya defensa resultó herido, así como finalmente, como ya he dicho, en la campaña de Marruecos.

Numerosos son los artilleros que se distinguieron en las guerras carlistas o en las expediciones a Italia, Conchinchina y México así como en la Guerra de Marruecos. Los nombres de Royo, Guiloche. Paz o Flomesta, merecen el reconocimiento de todos los españoles.

Tras nuestra Guerra Civil se separó la rama técnica del Arma y se creó el Cuerpo de Ingenieros de Armamento, por lo que el Arma de Artillería pasó a ocuparse únicamente de las misiones exclusivamente militares operativas y logísticas, manteniéndose el Servicio de Artillería encargado del armamento y la munición hasta 1986 en que se pasó a la logística funcional.

Pero el prestigio de la Artillería ha permanecido hasta nuestros días. Recordemos durante el gobierno del General Franco las figuras del Teniente General Carlos Martínez Campos, Duque de la Torre, conde de Llovera y Conde de San Antonio que alternó las campañas de África con las Agregadurías de Japón y China o las de Roma, Sofia, Atenas y Ankara, que artilló nuestras costas y especialmente el Estrecho de Gibraltar, que fue Presidente de la Real Sociedad Geográfica de España, vocal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Académico de Número de las Reales Academias de la Lengua

y de la Historia y que fue preceptor del Rey en sus años de cadete. O las figuras del General Jorge Vigón, historiador y escritor que fue ministro de Obras Públicas igual que el General Fernández Ladreda. Así como también la figura del General Planells, que fue laureado de Capitán por la defensa de la Isla de Alhucemas y llegó posteriormente a ser ministro de Industria.

También en la transición destacaron artilleros ilustres como el Capitán General Gutiérrez Mellado, Vicepresidente del Gobierno y los Tenientes Generales Gabeiras, Ascanio y Sáenz de Tejada, Jefes del Estado Mayor del Ejército, y el Teniente General Álvaro Lacalle, que fue Jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor, que supieron defender con éxito al Ejército en momentos muy difíciles.

Pero aún después de la separación de la rama técnica, la Academia de Artillería, trató siempre de mantener aquel espíritu que imprimiera Gazzola, y así, en los años 55 y 56 en que yo era Alférez Cadete Alumno en Segovia, se seguían impartiendo asignaturas tales como Balística Interior o Química, junto a la moderna Electrónica, la Topografía y el Tiro, para que tuviéramos una formación científica lo más completa posible.

Los tiempos han cambiado y con ellos las materias que hoy en día se imparten en nuestra Academia pero se ha mantenido sobre todo un concepto de seriedad, rigor y profundidad en el estudio que hace que los artilleros actuales destaquen por su formación, a pesar de que los oficiales de todas las armas del Ejército tengan hoy en día un nivel universitario.

Sirva de ejemplo mi promoción de Artillería, la 244 que ha dado un Director de la NASA en Europa, un Director General de Estadística, Profesor de Estadística Económica y Empresarial en la Autónoma, Vicepresidente de la Sociedad

Española de Estadística e Investigación Operativa. Especialista en Prospectiva. Ambos Académicos de Número de la Real Academia de Ingeniería, así como el ingeniero que ha diseñado el vehículo blindado de ruedas BMR que tan magnífico resultado ha dado en Bosnia, Kosovo, Afganistán y también diseñador del Vehículo de Combate de Infantería Pizarro.

Entre los miembros de mi promoción figuran también, un Académico Correspondiente de la Real Academia de Historia y un General de Ejército, Jefe del Estado Mayor del Ejército y antes Jefe del Cuerpo de Ejército Operativo que es la Fuerza de Maniobra, y que ha sido el primer General de Ejército efectivo.

Actualmente son numerosos los Generales procedentes de Artillería que ocupan puestos relevantes. En primer lugar el General de Ejército Jefe del Estado Mayor de la Defensa. También el Teniente General 2º Jefe del Estado Mayor del Ejército, el Teniente General Jefe del Mando Terrestre Aliado de la OTAN (CCLAND-HQ) de Retamares, el Teniente General jefe de la Fuerza de Maniobra y del Cuartel General de la OTAN. NRDC-SPAIN, así como Teniente General Jefe del MADOC, Mando de Doctrina, Instrucción, Evaluación e Investigación.

Este espíritu de perfeccionamiento que hemos recibido a través de nuestra querida Academia de Segovia es el que hemos intentado transmitir al Ejército a través del conocido Plan Norte, plan de modernización en el que sentamos como premisa la preeminencia de la calidad sobre la cantidad. Y así, hemos ido avanzando, desde el Ejército posible, que predicaba el Plan META, en la búsqueda sucesiva del Ejército de la Eficacia, es decir un ejército realmente operativo, de Alta Disponibilidad y que fuera desplegable y sostenible a distancia; para avanzar después hacia el Ejército de la Eficiencia, en el que se buscó conseguir aquellos objetivos con el menor gasto

posible, mejorando la gestión y reduciendo la burocracia. Para continuar finalmente hacia el Ejército de la Excelencia, el Ejército XXI, con el que se pretende conseguir la máxima calidad de los mandos y de la tropa, así como del material. Ejemplo de ello es que la tropa ~~no~~ se forma hoy en día en Campamentos de Reclutas sino en ~~las~~ mismas Academias que los Oficiales y Suboficiales.

Por lo que se refiere al armamento y material no se elige únicamente un sistema que sea bueno, sino siempre que sea posible, el mejor, como son el Carro de Combate LEOPARD A6, el fusil de Asalto HK, el Vehículo de Combate CENTAURO, el Sistema de Misiles Antiaéreos Antimisil PATRIOT o el Sistema de Mando y Control SIMACET, por poner algunos ejemplos.

Espero que mi exposición haya servido para resaltar como una acertada decisión de Carlos III, y una cuidadosa ejecución del Conde de Gazzola en la creación del Real Colegio de Artillería de Segovia y en la implantación de la Enseñanza Militar ilustrada en el mismo, ha marcado muy positivamente al Real Cuerpo de Artillería, hoy Arma de Artillería, e incluso ha repercutido en mejorar la calidad de todo el Ejército.

Muchas gracias por su atención.

Imágenes



Retrato de Carlos III. Miguel Muñoz Melgosa (1956). Copia de un original de Mengs del Museo del Prado (Colección del Patronato del Alcázar).



Retrato de D. Félix Gazzola. Manuel Fernández Pudial (1952). Copia del original de José Sánchez Pescador del Museo del Ejército (Colección del Patronato del Alcázar).



Retrato de D. Joaquín de la Pezuela. Dionisio Callejo (1956). Copia del original de F. Madrazo (Colección del Patronato del Alcázar).



Retrato de D. Juan Guillelmi. Pedro Camio (1956). Copia de un original desconocido (Colección del Patronato del Alcázar).



Retrato de D. Luis Daoiz y Torres. Eugenio Oliva y Rodrigo (1891) (Colección del Patronato del Alcázar).



Luis Proust



Retrato de Luis Proust. Grabado (Colección del Patronato del Alcázar).



Retrato de D. Pedro Velarde y Santillán. Eugenio Oliva y Rodrigo (1894)
(Colección del Patronato del Alcázar).



Retrato de D. Tomás de Morla y Pacheco. Miguel Muñoz Melgosa (1955). Copia de un original desconocido (Colección del Patronato del Alcázar).



Retrato de D. Vicente Gutiérrez de los Ríos Callejo (1955). Copia del original conservado en la Real Academia Española (Colección del Patronato del Alcázar).

